

hablar así a una académica?». Olvidando que, «científica» poderosa, no había escrito una sola página y no había descubierto ni manejado con autoridad una sola fórmula química. Lo triste es que los científicos y académicos de verdad se lo proporcionaban todo. Y el Premio Nobel rumano-americano George Palade iba todos los años a Bucarest para dirigir un instituto de investigación y estaba presente con todos los honores en la recepción que los Carter dieron a los Ceausescu. El pasado verano Palade, en Bucarest, declaraba a la revista *Tribuna Romaniei* que estaba «muy satisfecho de una ciencia rumana muy avanzada». En un momento en que los hospitales estaban en el mayor abandono, los laboratorios carecían de todo tipo de material y nuestro fraternal amigo, el doctor Constantin Velican, cardiólogo de fama internacional, moría en Bucarest de leucemia, enfermedad para la cual nos había pedido durante meses medicinas porque en su país «no había absolutamente nada». Mientras, Elena Ceausescu emulaba a Elena Lapescu, amante del rey Carol.

Etapas y períodos distintos de una tragedia única. De una grandeza y un heroísmo únicos. Grandeza, heroísmo, tragedia. Sin un instante de verdadero respiro. Grandeza en la resistencia armada, una de las más fuertes y sacrificadas de la Europa del Este, entre los años 1948-1955. Miles de caídos en la resistencia de los montes y pueblos rumanos. Toda la gran clase política diezmada en las cárceles: Maniu, Bratiano (Dinu y George, famoso historiador), Mihalache, Tigel Petrescu, universitarios, artistas e intelectuales perseguidos hasta la muerte o la degradación: Alexandru Marcu, Mircea Vulcanescu, Demetrio Caracostea, Lucian Blaga, Tudor Arghezi, Jon Barbu, Vasile Voiculescu, George Bacovia. Decenas, centenares de miles, preludio escalofriante del holocausto final, si es que de holocausto final se trata en la tragedia que parece sin fin de un pueblo digno de mejor suerte. Tras todo esto se pregunta uno, como se preguntaba Joseph De Maistre a raíz de la revolución francesa, en un agudo análisis «desde fuera»: ¿Dónde está la realidad rumana como nación? ¿Qué ha ocurrido con la sociedad rumana, la cultura rumana, incluso la economía y la creación de cuadros científicos y técnicos, en este grave y largo tiempo de angustia? ¿Ha podido apelar esta realidad tremenda y alerta a la famosa *astucia de la razón* (*List der Vernunft*) hegeliana, que tantas veces ha podido salvar a los pueblos en tiempos de angustia? ¿Cuál es en definitiva el balance? ¿Se puede hacer con todo un balance pese a la marea destructora de antes y durante Ceausescu y que con Ceausescu culmina? ¿La realidad es sólo el paisaje desolador que los corresponsales percibían a finales de un diciembre trágico sobre las ruinas humeantes de los viejos palacios del centro de Bucarest, Timisoara, Sibiu, Brasov, Cluj y Arad?

Veamos las cosas por partes, primero la cultura. ¿Qué ocurrirá con la cultura, ya destruida la Biblioteca Central Universitaria, en el centro de Bucarest, la más rica del país, cuyos directores con más valentía personal habían recibido casi todos los libros de fuera durante los últimos años?<sup>1</sup> Fue el centro de largo refugio y formación en la adolescencia de uno mismo y de otros miles y miles de jóvenes durante generaciones, hasta el triste día navideño de su destrucción. La cultura sufrió la máxima embestida en las primeras etapas estalinistas en Rumania. Se deformó la historia rumana. Se atentó contra la lengua rumana. Se mutilaron las obras de los escritores clásicos más relevantes. La creatividad fue reducida a cenizas. Se publicaron solamente textos comunistas o prorrusos. Los

<sup>1</sup> Consumado el desastre, recibíamos una carta de su director, Stoia, fechada el 29 de noviembre, donde nos confirmaba la inserción en el fichero de nuestro poema dramático dedicado al centenario de Eminescu y nos anunciaba el envío de diez nuevos libros publicados sobre el gran poeta.

directores de las editoriales fueron los sátrapas más temidos. Sus víctimas, grandes escritores libres en vida y escritores del pasado. Uno de estos editores en los lejanos años cincuenta-sesenta fue Walter Roman, que tuvo en aquella época, por sus lazos con España, frecuentes contactos con el Instituto de Estudios Políticos de Madrid y conmigo mismo. Otro fue Petre Dumitriu, hace tiempo refugiado a su vez en Alemania, novelista famoso, actualmente colaborador de una importante editorial de Frankfort. Pero en los años sesenta la cultura rumana resucita de sus cenizas, después de un «vacuum» casi total de quince años. La suerte hizo que, con su desprecio por la cultura, Ceausescu se contentara con la avalancha de sus propios libros y los de su esposa y las alabanzas de la primera página, obligatorias pero también más de una vez «voluntarias». Tras ello la *astucia de la razón* operaba de lleno en la reedición fiel y casi sin excepción de los rumanos y el cultivo de la filosofía y las ciencias humanas. Fue posible una obra ingente e independiente de un Constantin Noica, desafiante público de la política y los políticos. Se han podido publicar las obras de Platón, Aristóteles, Homero, Cervantes, Shakespeare, Dante en nuevas traducciones. El gran poeta Lucian Blaga tradujo y publicó en un tiempo más que «indigente» la obra de Goethe, *Fausto*. El hispanismo rumano es un fenómeno de impresionantes proporciones. Incluso escritores del exilio rumano, adversarios declarados del comunismo, antes y durante Ceausescu, fueron traducidos y publicados enteros. Se ha publicado la obra completa de Eliade y una decena de estudios sobre él. Se han representado las obras de Ionesco y, pese a su valerosa actitud contra el tirano de Bucarest, hasta hace bien poco han aparecido estudios sobre él. Ejemplo, la revista *Teatrul*. En nuestro libro sobre el *Teatro occidental contemporáneo* publicado en traducción rumana en 1987 en la *Editura Stiintifica* de Bucarest, ni una línea del capítulo sobre Ionesco ha sido tocada. A principios de 1989 se ha publicado la obra casi entera de Cioran<sup>2</sup>, durante años atacado con furia por su nihilismo y «anti-rumanismo», en Rumania. La obra íntegra del filósofo Lupasco, las memorias del cineasta Negulescu, nuestro *Erasmus* (Premio Nacional de Literatura Menéndez Pelayo 1970) y otros diez libros de filosofía de la cultura y poemas, libros de los más valiosos escritores del exilio rumano, Cioranescu, Z. Barbu, Cotrus, Busuloceanu, Antoniaide, Gafencu, Hurmuziades, Gutia, Coseriu (doctor *honoris causa* de la Universidad de Bucarest, en 1968, exiliado, catedrático de Montevideo y Tubinga), han sido publicados en las últimas dos décadas. El escultor Brancusi y toda su obra, el músico y compositor Enescu y toda la suya se han colocado sin reserva en lugar de gloria de la creatividad rumana, que la conciencia rumana ha podido proclamar públicamente. Los directores de orquesta Sergiu Celibidache y Ionel Perlea y otros han sido ovacionados en Bucarest y otros centros de Rumania.

<sup>2</sup> Es infamante lo que escribe ahora Cioran de su y nuestro amigo Noica, presentándole como «admirador» de Ceausescu. Mejor haría Cioran en recordar su Transfiguración de Rumania (Ed. Vremea, 1937) y las páginas allí incluidas sobre cierta «raza maldita».

Pero lo más importante ha sido la creatividad rumana en sí. El libro, el museo y la música han sido durante años los consoladores de toda una sociedad en desolación. El libro ha alcanzado ediciones ingentes. Un mundo hambriento ha devorado durante largos años libros, música y arte. Un libro nuevo duraba una semana en las librerías. Ha sido éste un arma y una compañía contra la miseria impuesta en un país rico y la tiranía de una casta implacable. Los estudiantes y los jóvenes intelectuales que arrastraron en diciembre al pueblo a pecho descubierto en la gran plaza para desafiar al tirano y sus huestes fieles, son resultado de esta cultura que ha sentado sus bases, simplemente porque la cen-

sura la ignoraba y en parte la despreciaba. ¿Cómo se explicaría si no que en Rumania las revistas hayan celebrado el centenario de Ezra Pound, y los textos sobre Heidegger y los círculos heideggerianos sean innumerables? Lo que podemos asegurar es que hace tiempo han desaparecido en este país los círculos de estudios sobre Marx, Engels, Lukács, Adorno o Brecht. Desafiamos a cualquiera que consulte en una hemeroteca las colecciones de buenas revistas como *Romania Literara* (cuyo director fue hasta hace poco el disidente Mircea Dinescu), *Luceafarul*, *Contempranul*, *Viata Romaneasca*, *Steaua*, *Tribuna*, para confirmar esta realidad. Esto sí, lo que no faltaba tampoco en estas publicaciones son la primera o primeras páginas dedicadas a Ceausescu y a su mujer.

Pasada la primera fase del estalinismo en Rumania, recuperada en buena parte la herencia cultural del pasado, reivindicada la obra de creatividad de excepcional valor e intensidad, de la generación rumana de entre las dos guerras mundiales, el proceso de la cultura rumana constituye una realidad indiscutible en el plano axiológico concreto. Sus escritores, artistas y poetas de las últimas generaciones se sitúan en el inconformismo, excluyen todo lo que sepa a marxismo-leninismo de sus opiniones y su potencia creadora, sienten la disidencia como una cosa propia y visceral, aunque no la conviertan por imposibilidad material en disidencia abierta. No hay, desde hace mucho tiempo, uno solo que en la intimidad y a veces incluso fuera de ella, que no condene la intolerable acción o presencia del clan Ceausescu y su casta. Buena parte de sus altos funcionarios hace años que manifiestan su odio contra el tirano. Todo el mundo lo odia y él y los suyos no se fían de nadie. La prueba es su fuga con sólo su mujer, sin confiar ni siquiera en su poderosa *Securitate*, que luego lucha denodadamente no ya por él y los suyos, sino por salvar el pellejo de cada uno de sus componentes. El propio piloto del helicóptero que debería conducirlo al avión camino del exilio, desembarca al dictador y su esposa en medio de una carretera y tienen que obtener, como en las películas de *gangsters*, un coche a punta de pistola para ir a *ninguna parte*.

A una cultura que va en lo posible por su camino y cuyos hombres preparan una revolución que tendrá como aliado seguro a todo un pueblo presa del hambre, el frío, la desesperación y el odio más profundo contra el tirano, se agrega una sociedad vasta de desheredados que se ensancha cada vez más. Es la expresión misma de la situación y del destino del Estado configurado por Lenin. Trotsky le había prevenido. De concentración en concentración, todo se concentrará al máximo en manos del Secretario del Partido. Él será el Estado, he aquí el destino utópico de la «desaparición del Estado»: la sociedad concentrada, el poder máximo, el propietario único de todo. Sin saber una palabra de Marx y de Lenin, habiéndoles aprehendido en forma primaria de verdadero analfabeto sin casi lenguaje articulado unas cuantas fórmulas, el hombre de Bucarest acabó siendo la encarnación última del marxismo-leninismo. No es extraño que quisiera ser el último en invocar sus formas y sus dogmas. Cuando Luis XIV decía «El Estado soy yo», decía una ingenuidad. Ceausescu sí que podía decirlo, porque el suyo era el Estado de Hobbes, el Estado moderno, el nuevo Leviathán. En su nombre, hizo lo que quiso. Su instinto de campesino primitivo le decía, conociendo a los rusos, que si les entregaba el 80% de la producción de alimentos quitándoselos a los rumanos hambrientos, nadie le tocaría. El mismo instinto —y no un plan de alcanzar la libertad para el futuro progreso de su país—